



## LOS OLVIDADOS

Por Alfredo Herrera

Hoy me he levantado de mala gana. Normalmente, trabajo desde casa con lo que me ahorro los madrugones y los viajes hasta la oficina, pero hoy nos han citado a todos para una de esas sesiones de "puesta en común". Estamos cerca del periodo en el que tenemos que planificar la estrategia para el año que viene y, según nuestros jefes, estas reuniones son la mejor manera de crear sinergias.

A mí solo me generan "alergias"... Con lo bien que se está solo. Siempre he defendido que la mejor relación a mantener con la gente es a distancia y sin contacto. Y, sobre todo, de manera anónima, sin compromisos ni ataduras.

Justo cuando salgo de casa, me encuentro con la vecina de al lado. Una señora que siempre intenta charlar conmigo. Los encuentros con ella son interrogatorios donde intenta sacar la máxima información posible y yo procuro contestar rápidamente con monosílabos. Esta vez, para evitar su parloteo, entro en el ascensor y me coloco rápidamente los cascos de música en la cabeza. Sin embargo, ella me toca el brazo varias veces. Parece que tampoco hoy me puedo librar de sus preguntas.

- Oiga joven. ¿A usted también se le ha ido la luz? - me grita al oído con una fuerza descomunal .

-¿Cómo dice? ¿la luz? - acierto a comentar mientras la miro atónito.

- Si, joven. Al parecer ha habido un gran incendio en una empresa que ha afectado a una instalación eléctrica. Un caos. Los bomberos han estado toda la noche intentando apagarlo y...

Mientras mi vecina me repite con absoluta fidelidad las noticias, mi cabeza no para de pensar. Inmediatamente miro a la batería y compruebo horrorizado que mi móvil está a punto de morir. También me acuerdo de la copia de seguridad que anoche dejé preparada.

Rápidamente, mi mano se abalanza sobre el botón de emergencia y, sin pensarlo, paro el ascensor.

- Pero, joven ¿qué hace? Por favor, tranquilo... no quiero quedarme encerrada aquí -me chilla asustada a la vez que me pega con su bastón fuertes golpes en el brazo.

Yo estaba medio atontado. Me parecía todo un mal sueño. De repente, reacciono y me doy cuenta de la situación absurda que acabo de provocar. Aprieto el botón del piso bajo y el ascensor empieza lentamente a moverse. Al abrirse la puerta, respiramos aliviados.

- Pase, señora y perdone, no quería asustarla. Menos mal que al final todo se ha solucionado-me disculpo con la mejor de mis sonrisas, sin acertar a recordar su nombre.

- Si, joven. Es malo ir con prisas - me aconseja mientras se dirige hacia la calle.

Respiro profundamente y subo de nuevo hacia casa, esta vez por las escaleras por si acaso. Son cuatro pisos que me dejan agotado, casi sin respiración. Reviso la copia de seguridad y compruebo que el apagón también le ha afectado y que se ha quedado sin finalizar.

En ese mismo momento, oigo que el teléfono de casa suena ... Miro desconcertado al aparato. Desde hace mucho, mucho tiempo no había oído su timbre.

- Rodríguez!!! - es la voz de mi jefe que solo me llama por mi apellido cuando las cosas van realmente mal - Está todavía en casa? No sabe que son las diez y que hace más de una hora que debería estar aquí. Le estamos esperando.

- Las diez? No puede ser. Pero si son las... - en ese momento, veo que el reloj estaba parpadeando como clara señal de que había dejado de funcionar.

- Venga inmediatamente. ¿No ha oído las noticias? Estamos en una situación de crisis. Y por favor, no trate de entrar por la puerta principal. Inténtelo por el garaje o por una de los accesos laterales. El edificio está rodeado por miles de personas.

- Perdone, jefe - me vuelvo a disculpar - Me acerco ahora mismo.

Eso de "ahora mismo" era un decir. Como todas las empresas modernas, nuestras oficinas estaban situadas en uno de esos parques tecnológicos construidos en las afueras de la ciudad. En el mejor de los casos, cuando la circulación era fluida, tardaba alrededor de 45 minutos en llegar.

Sin olvidarme del cargador del móvil, voy a por el coche y enciendo la radio para escuchar las noticias. No quiero tener que volver a quedar como un tonto por no haberme enterado de nada. La emisora enseguida me pone al día: un gran incendio había asolado la mayor parte de las instalaciones de nuestra empresa. Precisamente, la zona donde tenemos alojadas las máquinas que sirven para ofrecer nuestros servicios online. Las máquinas que ofrecen el llamado alojamiento "en la nube". Porque en realidad no existía ninguna nube, nada era virtual. Todo lo contrario. Para poder ofrecer un servicio "24 horas al día, 7 días a la semana", tenemos un enorme número de ordenadores, cables, routers y equipos informáticos que llenaban por completo una inmensa nave industrial.

El resultado era que de repente miles de empresas y millones de personas de todo el mundo se habían quedado sin conexión a sus archivos, a su información y a toda su documentación. Nadie podía realizar ninguna tarea. Un verdadero caos.

Hasta ese día, ese maldito momento, todo había sido planificado y ejecutado con máxima precisión, con seguridad y con rapidez. Incluso los planes se habían desarrollado antes de

lo previsto. y es que la inmersión tecnológica iba creciendo de manera exponencial y sin vuelta atrás... Además, en cada paso y en cada etapa la velocidad de integración en la sociedad era mayor, más profunda y más completa.

La carrera había empezado con bastantes trabas. La primera fase fue la introducción de la informática en las empresas y en las casas. Esta parte fue muy dolorosa y complicada ya que las reticencias fueron enormes y constantes. Muchas personas se percataron que este cambio era una gran amenaza para sus trabajos. En esa época, hubo que acumular muchas horas de trabajo y conseguir, con incentivos económicos, los necesarios adeptos a la causa.

Todo el esfuerzo se fue casi al traste con el cambio de siglo y el denominado "efecto 2.000". Afortunadamente, supimos capear el temporal e incluso acumular más ganancias ya que pudimos convencer a todas las empresas que eran necesarias más inversiones tecnológicas para solventar la crisis.

La segunda fase se produjo de manera inmediata con la aparición de internet y de la conexión mundial de todos esos ordenadores que ya estaban implantados en las empresas y en los hogares. Esa fase fue más rápida y masiva. El deseo de estar en las primeras filas de la innovación y las connotaciones vanguardistas de estar a la cabeza en esta nueva ola crearon un efecto de propagación irresistible.

A partir de ese momento, todo fue más fácil. Por ejemplo, la incorporación del teléfono móvil en la vida diaria fue rapidísima. Todo el mundo quería poseer un nuevo terminal con cada vez mayor capacidad y con tecnología más avanzada. Como consecuencia, las personas pasaron a necesitar estar conectadas casi las 24 horas del día. La vida privada de cada persona pasó a ser de dominio público por todos los rincones del planeta, sin limitaciones ni obstáculos.

Nuestra última etapa ya en marcha consistía en extender el control por todo tipo de aparatos y dispositivos para finalmente almacenar todo tipo de datos y contenidos en grandes silos de información. Un gran ordenador central donde todo se controlaba y se vigilaba. Y desde donde se podía impulsar cualquier acción desestabilizadora.

Ya habíamos desarrollado varios planes a pequeña escala: una en la que logramos un cambio de gobierno y otra en la que nuestro objetivo era romper la cohesión de una organización política. Ambas fueron un éxito.

Ahora todo se viene abajo. El gran proyecto se derrumba por un repentino incendio. ¿Como podemos sobreponernos a este inesperado contratiempo?

Esta pregunta ocupa todos mis pensamientos en el trayecto a la oficina. De manera obsesiva, mi mente intenta resolver esta cuestión sin encontrar respuestas adecuadas.

Mi ansiedad no para de aumentar según me voy acercando. Yo soy el responsable de la seguridad de todo el sistema y hasta este nefasto día mi confianza en el trabajo desarrollado era completa, sin fisuras. Mis enemigos, numerosos, cuestionaban todos mis planteamientos y calificaban mi personalidad con el calificativo de arrogante y soberbia. La imagen de sus caras con unas generosas sonrisas en forma de "ya lo decía yo" no hacía más que aumentar mi nerviosismo y descontrol.

Como me ha advertido mi jefe, los accesos a la empresa están colapsados por miles de personas enfurecidas y fuera de control. Los gritos son ensordecedores. Muchos acompañan sus voces de protesta con ruidos de silbatos o de trompetillas que se incrustan en mis tímpanos como alfileres de costura.

Afortunadamente, algunos efectivos policiales han formado una cadena de seguridad alrededor de la oficina. Esta cautela no ha impedido que algunos cristales estén totalmente rotos por los impactos de alguna piedra o que otros estén coloreados por los globos con pintura arrojados por los manifestantes.

También logro ver de soslayo algún coche de empresa que ha sufrido los efectos de la ira en su carrocería o en sus ruedas. Mi coche pasa desapercibido, aunque mentalmente me pregunto si llevaba algún distintivo corporativo en mi mochila o en mi atuendo. (Y es que la empresa nos regala de vez en cuando algún objeto de uso cotidiano que estaba debidamente personalizado con su logotipo rojo chillón.)

Al acceder por la puerta trasera, las barreras y controles de seguridad se han multiplicado por tres. Con algún temblequeo en mis manos voy mostrando el carnet de identidad a cuantas personas me lo requieren. También vacío numerosas veces el contenido de mis bolsillos y mi mochila. Esta vez lo hago sin rechistar y evitando hablar más de lo necesario.

En cuanto traspaso la puerta de entrada me invade de repente la tensión y el nerviosismo de las personas que aparecen a mi alrededor. En sus miradas encuentro una dosis de incredulidad y de pánico que va aumentando en función del cargo de responsabilidad dentro del organigrama de la empresa. Todos ellos están pálidos y con claros síntomas de ansiedad creciente en sus respiraciones. En sus movimientos ya no queda ni rastro de la seguridad y convicción de otros momentos.

"Bien, Rodríguez. Gracias por venir" - empieza mi jefe a modo de saludo mordaz - "Le pongo al corriente de la situación... Esta noche un incendio ha devastado una central eléctrica cercana y gran parte de nuestros centros de almacenamiento de datos. Normalmente, esta incidencia no afecta al servicio que ofrecemos a nuestros clientes por la duplicación que tenemos en nuestras sedes de Chicago y Beijing. Sin embargo, la maldita Ley de Murphy ha hecho de las suyas y se han perdido miles y miles de documentos. No sabemos aún las cifras, pero podemos casi asegurar que hemos salvado apenas un 30 % de los ficheros."

Mientras su voz firme, neutra y segura relata con detalle el Apocalipsis en el que estábamos inmersos, un tic nervioso hace que su mano izquierda presione insistentemente el mecanismo de apertura y cierre de un bolígrafo.

"Con esta situación, nuestra empresa podríamos decir que se encuentra en un callejón sin salida... Mejor dicho, en un callejón conectado con la bancarrota - concluye mientras pasea su mirada por los asistentes en la sala - Todos los que estamos reunidos andamos en la búsqueda de alguna solución ...sin éxito... Menos mal que Vd. ha llegado. Ahora vamos a encontrar la salida a este embrollo."

Justo cuando empiezo a contestar, el recepcionista entra en la sala con un paquete en la mano. "Siento la interrupción, pero este envío acaba de llegar y el mensajero ha insistido

en que se lo entregue inmediatamente"- se excusa mientras lanza una mirada asustada a la sala - "También me ha dado este sobre a su atención".

El director empieza a lanzar una airada voz de reproche hacia el intruso cuando la mirada se fija en el símbolo # y la palabra "fin" que ocupa la parte central del anverso. Con un rápido movimiento se acerca hasta el joven y agarra con las dos manos el sobre.

"Salgan todos de la sala - exclama con voz alterada - por favor, todos menos Rodríguez"

Todos se miraron sorprendidos, pero acataron la decisión sin alzar ninguna pregunta o ni siquiera la cabeza. En su camino a la puerta parecían ovejas caminando hacia el corral.

Cuando todos estaban fuera. El director me mira y pregunta "¿Sabe algo de esto?", con una mirada que hacía daño. Respondí rápidamente con la negación de cabeza al tiempo que él empezaba a abrir el paquete.

En su interior una carta, una libreta y un bolígrafo. El director rebuscó, pero no encontró nada más. Su cara era de completa estupefacción. El asombro siguió cuando abrió la libreta y no había nada escrito. Tomó el bolígrafo y entonces comprobó que era de tinta azul. Inmediatamente, abrió la carta. Varios folios con letra mecanografiada con algunas apalabras corregidas con títex o con varias equis encima:

"Somos los borrados, los obsoletos, los anulados y olvidados" - empezó a leer - "somos los compañeros de trabajo despedidos por la incapacidad de adaptarnos a la era digital, somos los desheredados de la era tecnológica, las personas que hemos sido sustituidos por robots, ordenadores, chips y algoritmos. Nuestro saber y conocimiento ha sido aniquilado por los bulos, falsedades de las redes sociales. Nuestro prestigio y experiencia sustituido por el número de "me gusta", seguidores o por la viralización. El cara a cara por el anonimato. La reflexión por la inmediatez. La realidad transgredida por la ficción. Con este boicot queremos reivindicar el valor del biorritmo, de la inteligencia emocional, de la persona. Es el primero pero no será el último. Un primer paso para recuperar la humanidad."